

Ramos, Gabriela y Yanna Yannakakis (eds.). *Indigenous Intellectuals: Knowledge, Power, and Colonial Culture in Mexico and the Andes*. Durham: Duke University Press, 2014, 344 pp.

*Indigenous intellectuals*, el nuevo de libro de Gabriela Ramos y Yanna Yannakakis, reúne una excelente colección de ensayos de historiadores y antropólogos sobre el surgimiento y consolidación de un importante grupo de intermediarios indígenas (escribanos, notarios, interpretes, archivistas, y cronistas) en México colonial y la zona andina. Elementos esenciales del engranaje administrativo, los intelectuales indígenas ocuparon una posición ambigua en el mundo colonial que pone en cuestión el binomio tradicional de dominación y resistencia. Se ha escrito mucho en los últimos años acerca de los intelectuales indígenas en América Latina, pero la mayoría de la producción se ha centrado en la época contemporánea (véanse, por ejemplo, los trabajos de Natividad Rodríguez, Joanne Rappaport y Claudia Zapata Silva). Inspiradas en las obras de Antonio Gramsci, Steven Feierman y Ángel Rama, Ramos y Yannakakis ofrecen un volumen de notable coherencia, rigor y consistencia sobre un tema novedoso.

El libro consta de diez ensayos, acompañados por un breve prefacio de Elizabeth Hill Boone, un útil estudio introductorio de las editoras y algunas reflexiones finales de Tristan Platt. La obra está dividida en tres partes dedicadas, respectivamente, a los funcionarios indígenas, los historiadores nativos y las formas de conocimiento indígenas. En la primera parte, Gabriela Ramos presenta un interesante estudio comparativo de los intérpretes indígenas en las ciudades de Lima y Cuzco. De acuerdo con Ramos, el puesto de intérprete de la Real Audiencia había desplazado al de curaca en importancia para finales del siglo XVI. La élite cuzqueña superó con mayor éxito los embates del nuevo orden colonial. Esto no significó, sin embargo, que tuviesen mayor acceso al mundo letrado. Por el contrario, en el caso de Cuzco, la posición de intérprete no fue asumida por indígenas, sino por mestizos, quienes también desempeñaron el puesto de notarios. Por su parte, J. Frederick Schwaller compara las carreras profesionales de los mestizos Fernando

Alva Ixtlixochitl (cronista) y su hermano menor Bartolomé de Alva (traductor y cura beneficiado). Descendientes de Nezahualcóyotl y Nezahualpilli, los hermanos Alva formaron parte de un nuevo grupo de intelectuales de origen indígena que supieron incrustarse en la burocracia colonial haciendo uso de su riqueza, rango social y habilidades lingüísticas a finales del siglo XVI y XVII.

John Charles analiza el impacto de la educación jesuítica en las élites indígenas de principios del siglo XVII a través del estudio de las experiencias de los graduados del Colegio del Príncipe de Lima y el Colegio de San Francisco de Borja. La historiografía ha asumido que los egresados fueron obedientes embajadores del colonialismo español como letrados menores e intérpretes legales al servicio de burócratas y sacerdotes. Lejos de alinearse a los dictados del colonialismo, sin embargo, muchos de ellos se convirtieron en expertos litigantes al servicio de sus comunidades. Finalmente, Yanna Yannakais explora otra faceta de la litigación indígena a través del estudio de las redes de traductores en el distrito de Villa Alta, Oaxaca, en los siglos XVII y XVIII. En esta zona mixe, los frailes dominicanos introdujeron el Náhuatl como lengua franca, y fue en este idioma que la élite letrada indígena accedió al sistema legal en calidad de escribanos, fiscales y traductores de corte. Su labor de intermediación permitió a las comunidades mixes defender sus derechos, pero también creó nuevas formas de desigualdad al consolidar su posición económica y política como agentes legales a costa de sus congéneres.

La segunda parte sobre historiadores nativos abre con un artículo de Susan Schroeder acerca de la representación de las mujeres indígenas en la obra de Chimalpahin (1579-1660). Según este estudio, el historiador de Amecameca consideraba a las mujeres mesoamericanas como protagonistas esenciales de la historia Nahua. Esto no significa, sin embargo, que Chimalpahin fuese un profeminista. De acuerdo con Schroeder, el historiador nativo no tenía otro propósito que el de escribir la historia más completa de Amecameca, una tarea claramente imposible sin la inclusión de las mujeres nativas. Camila Townsend se enfoca por su parte en la obra del historiador nativo de Tlaxcala Juan Zapata, quien dedicó cerca de cuatro décadas a la compilación de la crónica de su altépetl basándose

exclusivamente en las memorias de la nobleza indígena. Zapata estaba convencido de que la clase noble tenía la obligación de representar a su comunidad; por eso quiso recuperar su testimonio para la posteridad. Su obra ofrece, así, pistas invaluable para comprender las ideas de la historia y el oficio de historiador entre los intelectuales nahuas. En el último artículo de esta sección, Alan Durston discute el papel de Cristóbal Choquecasa en la elaboración del manuscrito de Huarochirí, y analiza en detalle su estrecha colaboración con el sacerdote Francisco de Ávila en las campañas de extirpación de idolatría. Durston sugiere que Choquecasa colaboró en la destrucción de huacas con el propósito de minar la autoridad de sus enemigos y competidores. Al mismo tiempo, sin embargo, Choquecasa intentaba recuperar en el famoso manuscrito los fundamentos rituales y mitológicos de Huarochirí, posiblemente con propósitos políticos y legales. El manuscrito de Huarochirí se revela, entonces, como un complejo proyecto intelectual que rebasa con mucho la agenda represiva de Ávila.

En la tercera parte, María Elena Martínez, Eleanor Wake y Kathryn Burns analizan el papel de las genealogías, los mapas y los archivos como formas de conocimiento indígena. Martínez compara el uso de los títulos primordiales en la Nueva España (los temochtli) con los retratos genealógicos incas del siglo XVIII. De acuerdo con Martínez, tanto los temochtli como los retratos incas tenían como fin enfatizar continuidad, más que ruptura, con el pasado prehispánico. Los textos e imágenes genealógicas creados por los intelectuales indígenas no eran necesariamente subversivos, pues podrían ser usados tanto para legitimar el colonialismo como para promover proyectos alternativos al reinterpretar el pacto de vasallaje. El discurso genealógico indígena cuestiona, así, el binomio tradicional de dominación y resistencia. En un ensayo paralelo al de Martínez, Eleanor Wake explora la articulación del pacto de vasallaje en los mapas de mercedes. La autora sostiene que las referencias a las estrellas y otros cuerpos celestiales en los mapas indígenas no tenían fines de orientación geográfica como se había pensado. Por el contrario, su principal función era insertar una dimensión temporal a las demandas territoriales de los nativos al presentar el espacio como

ancestral, indígena y, por tanto, inalienable. Finalmente, Kathryn Burns explora el papel de los notarios andinos en la creación de archivos locales y en la defensa legal de sus comunidades indígenas. En particular, la autora se enfoca en el surgimiento del escribano de cabildo, quien desempeñó un papel esencial en la redacción de testamentos y otros documentos legales. En efecto, el estudio cuidadoso de documentos existentes en el archivo regional de Cuzco le permite a Burns constatar la existencia de una densa red de escribanos de cabildo en el campo. Como bien señala Burns, la presencia de este activo grupo de intermediarios nos obliga a cuestionar la exclusividad de lo que Ángel Rama llamó «la ciudad letrada».

Cierra el volumen un excelente ensayo de Tristan Platt en donde el autor discute, entre otros temas, los constreñimientos estructurales que hicieron que los intelectuales indígenas en los Andes escribieran tan poco en sus lenguas. A diferencia del Náhuatl en México, el Quechua no logró convertirse en verdadera lengua franca en los Andes. Esto, aunado a las enormes presiones fiscales y a la violencia sistemática que acompañó la empresa colonial en el Perú, creó una sociedad con altos niveles de miedo, secrecía y sospecha, y poca diversidad lingüística. El ensayo de Platt muestra la importancia de ejercicios comparativos en historia colonial. Desafortunadamente contamos todavía con muy pocos estudios de este tenor. No todos los ensayos del libro de Ramos y Yannakakis son comparativos; la obra en su conjunto ofrece nuevas luces acerca de este complejo grupo de intermediarios, en donde la colaboración no estaba reñida necesariamente con la subversión social.

JAVIER VILLA FLORES

*Universidad de Illinois, Chicago*